

IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la  
República Argentina

*“Los usos de la Memoria y la Historia Oral”*

**Voces de trabajadores para la historia reciente. Acerca de los testimonios  
de la militancia sindical en las lecturas sobre “los setenta”.**

Licenciado Federico Guillermo Lorenz (doctorando IDES-UNGS).

Pertenencia institucional: IDES - UNGS.

Domicilio: Arenales N° 214, CP 1704 Ramos Mejía, Provincia de Buenos Aires,  
Argentina.

Teléfono: 011 4656 6678

Dirección de correo electrónico: federicoglorenz@gmail.com

El poeta  
de la Revolución es el Pueblo; pero el  
pueblo concreto, de persona a persona  
Francisco Urondo, *¿Soy el poeta de la revolución?*

El 7 de julio de 2006 realicé una entrevista abierta a dos ex trabajadores navales de los astilleros Astarsa, Carlos Morelli y Luis Benencio, para un postítulo para docentes de escuelas medias de la ciudad de Buenos Aires. Hasta el golpe militar de 1976, ambos habían sido militantes de la Agrupación Naval Peronista José María Alessio, de la Juventud Trabajadora Peronista, frente obrero de los Montoneros. Ante unos ciento cincuenta profesores, ambos compañeros evocaron su experiencia sindical en la zona Norte del conurbano bonaerense durante los años setenta. Al momento del cierre, al abrir un espacio para preguntas, uno de los asistentes inició una larga intervención muy crítica a los Montoneros y hacia su política, asumiendo que estos habían sido los responsables de la destrucción de numerosas iniciativas subordinadas a esa experiencia político militar. Al finalizar su pregunta, dijo:

-¿Cómo evalúan ustedes qué pasó cuando llegó Montoneros, estos protectores?

Quien le respondió fue Luis Benencio, *Jaimito*:

Yo me voy a remitir a un punto. Porque en general hay una subestimación de nosotros los laburantes que se da seguido. Digo, a mí me pasa seguido. Cuando me invitan a hablar, me dicen “Bueno pero ustedes fueron este, digamos captados por los Montoneros y después a partir de ahí hicieron todo lo que quisieron”... Yo no me sentí jamás así... En el caso nuestro no pasó nada de eso. ¿Por qué? Primero porque como les confesaba recién, yo aprendí a pensar, también, no mucho, pero un poquito, y eso me permitió poder discernir qué era lo bueno y qué era lo malo para mí. Lo que pasó concretamente con Montoneros teníamos una ambivalencia ahí (...) Porque nosotros duramos tanto, y tuvimos tanta fuerza, y pudimos hacer lo que hicimos no porque nosotros éramos valientes, sino porque también había un miedo hacia nosotros que si a nosotros nos pasaba algo iba a intervenir la organización. Y lo segundo y que es lo central para mí (...) es que nosotros cuando se acerca la JTP y empezamos a transitar el camino, nada fue fácil, fue todo una discusión muy, muy grande (...) Los que sabíamos lo que había que hacer dentro de fábrica éramos nosotros. Digo, no nos subestimen tanto, nosotros también sabemos discernir entre lo bueno y lo malo.<sup>1</sup>

Este contrapunto y esta reivindicación de la experiencia obrera sintetizan uno de los nudos conceptuales que orientan una porción importante de las reflexiones y aproximaciones críticas hacia los años setenta: para el autor de la pregunta, los Montoneros eran los *protectores*, es decir, los trabajadores eran los *protegidos*, los guiados (erróneamente) o descuidados por la guerrilla. Pero para *Jaimito*, “cuando se acercó la JTP empezaron las discusiones”. En la brecha entre ambas asunciones, vive la posibilidad de recuperar un lugar para la experiencia de clase a la hora de pensar la confrontación social de los años setenta y, específicamente, la de los trabajadores, blanco masivo de la

---

<sup>1</sup> Entrevista abierta a Luis Benencio y Carlos Morelli, Cátedra Abierta, CePA, 7/10/2006

represión pero, como contraparte, actores sociales infra representados en las interpretaciones del período. ¿A dónde, a quiénes “se acercó” la JTP?

### **Los navales de Tigre**

Los astilleros Astarsa, ubicados en Tigre, empleaban a cerca de mil quinientos hombres: la mitad eran obreros metalúrgicos, y el resto, navales. Los talleres fueron un polo de desarrollo para la zona Norte del Conurbano bonaerense. En ese espacio funcionaban, en esos años, numerosas fuentes de trabajo: establecimientos metalúrgicos, madereros, alimenticios, plásticos y cerámicos, además de otros astilleros. Miles de familias de los sectores populares se asentaron en respuesta a posibilidades de trabajo y ascenso social concretas.

Con la radicalización de los conflictos sociales y el activismo político, desde mediados de los años sesenta la zona se transformó en un hervidero de agrupaciones de distinto signo, prácticas y color ideológico. En Astarsa esta actividad se materializó, a principios de la década de 1970, en la constitución de una agrupación que buscaba disputarle el control a la dirigencia sindical del SOIN (Sindicato de Obreros de la Industria Naval). Este grupo de trabajadores hizo hincapié en la democracia sindical y en la mejora de las condiciones de trabajo, a partir de demandas concretas en cuestiones relativas a la higiene y seguridad de las tareas. Entre sus integrantes iniciales había hombres provenientes de distintas experiencias políticas, desde el marxismo al peronismo. Otros no tenían experiencia ni práctica política alguna hasta ese momento. Coincidían, no obstante, en su juventud frente a los demás trabajadores, lo que los distinguía y los agrupaba.

En mayo de 1973, poco después de la asunción de Héctor Cámpora, un accidente se cobró la vida del obrero, José María Alessio, y esto precipitó la decisión, por parte de la agrupación, de tomar el astillero. En el contexto de movilización popular de esos meses, los huelguistas obtuvieron todas sus reivindicaciones, entre ellas el derecho a controlar las condiciones de salubridad del trabajo en el astillero, y de este modo incidir directamente en los ritmos de producción. Además, su victoria los transformó en un referente para otras comisiones internas de la zona. Durante los días que duró el conflicto, habían decidido la incorporación de la agrupación a la Juventud Trabajadora Peronista, el frente sindical de los Montoneros.

Luego del conflicto, los trabajadores navales se vieron en el centro de la toma de decisiones. Todo el cuerpo de delegados les respondía, la participación de otros trabajadores aumentaba, y eso los colocaba en la situación de gestionar además de confrontar. ¿Qué consecuencias tiene esto para un gremio combativo? Para los miembros de la Agrupación se trataba de mantener y extender las conquistas y construir conciencia entre el resto de los trabajadores. Para ello, debían enfrentar la presión de la ortodoxia sindical – relegada frente a su victoria- que se concretaba en maniobras espúreas (como la intervención al sindicato), “aprietes” y asesinatos. Algunas de estas prácticas, a la vez, fueron parte de la lógica de la agrupación Alessio.

¿De qué modo enfrentaron “los navales” (como se los conocía) estas formas de lucha política? La violencia y las formas militares de la política fueron una divisoria de aguas entre los militantes de la agrupación. En tanto que vinculados a los Montoneros, al interior de la agrupación se reprodujo la tendencia a la militarización por parte de esa organización guerrillera.

En el caso de los “Navales”, hubo dos posturas. Frente al recrudescimiento de las acciones de la Triple A, algunos de ellos sostenían la necesidad de profundizar el trabajo sindical, extender la participación de otros obreros y no aislarse en prácticas militaristas. Los demás –cuya opinión en definitiva prevaleció- sostenían la necesidad de encuadrar militarmente a los militantes sindicales, y responder a la agresión en función, además, de un enfrentamiento que se consideraba inminente. En este punto, el caso de Astarsa permitirá responder a esta pregunta: ¿La creación de la JTP fue un verdadero proyecto de construcción de un nuevo poder sindical, o desde su concepción fue pensada como un mero apéndice de una estrategia militar?

Pese a estas tensiones, la agrupación participó y protagonizó las masivas movilizaciones sindicales de junio de 1975, un grupo más dentro de un proceso que muestra el desarrollo que habían alcanzado los gremios combativos. Las coordinadoras de gremios en lucha, fenómeno de breve duración pero intenso impacto, podrán ser abordadas también desde la historia de una agrupación que era vista como la vanguardia de estos grupos.

Entre finales de 1975 y el verano de 1976 la Triple A ya había asesinado a algunos de los integrantes de la Agrupación y muchos de sus integrantes decidieron militarizarse, mientras que otros rechazaron esa posibilidad. Por ese

entonces, el espacio para cualquier tipo de actividad sindical era prácticamente nulo. ¿Cómo responder a la gran cantidad de problemas “operativos” planteados por estas decisiones? Numerosos miembros de la agrupación fueron detenidos el mismo día del golpe, el 24 de marzo de 1976, en un gigantesco operativo en los talleres de Astarsa y Mestrina; muchos otros desaparecieron en la primera mitad de 1976, y para 1977, la mayoría estaban muertos, desaparecidos, en el exilio o refugiados en el silencio de ciudades pequeñas del interior.

### **La toma**

Durante los días que duro la toma, en 1973, los militantes decidieron definirse como integrantes de la Juventud Trabajadora Peronista, fundada a mediados de mayo de ese año. Uno de los organizadores de la Agrupación, el *Chango* (Juan Sosa) lo sugirió en una de las discusiones. Otro de los referentes de los obreros que ocupaban la fábrica, el *Tano* Martín Mastinú, propuso lo mismo en uno de los viajes en auto entre el astillero tomado y el Ministerio de Trabajo:

Quando aparece la JTP apoyándonos en concreto a nadie se les ocurre cuestionarlos políticamente. También porque había un reconocimiento hacia algunos de los compañeros, como el caso del Chango, que tal vez si hubiera dicho otra cosa, era otra cosa... o no... No sé si me explico. No sé si en verdad existía el espíritu de decir somos JTP.

Porque había mucha gente que ni siquiera era peronista. Estábamos bien todos juntos. Que la experiencia fue buena, en eso sí acordábamos.<sup>2</sup>

El *Gayo*, otro de los participantes en la toma, muestra en su testimonio la combinación de pragmatismo y lealtad personal que orientó el encuadramiento en esa agrupación política:

---

<sup>2</sup> Luis Benencio, en CET, *Navales*, p 51. Se trata de un manuscrito inédito que contiene la desgrabación de una mesa redonda entre tres trabajadores de los astilleros de la zona del Tigre, realizada en 1988.

Digamos que se llega a la toma y el Chango trae alguno de la JTP. Se vinieron otras agrupaciones a ofrecer y les dijimos que no, que *ya teníamos...* Muchos venían a sacar su tajadita, más grande o más chica, pero alguna tajada se querían llevar. Y ahí andaba el Puma viejo, ¿no?, para todos lados. Ya teníamos ese apoyo.<sup>3</sup>

Sin embargo, la pertenencia al frente sindical de una organización guerrillera sin duda traía problemas. Fundamentalmente, aquellos derivados de la voluntad de esta de subordinar la actividad sindical en los talleres a sus objetivos políticos a escala nacional, y como consecuencia, el aspecto más dramático y vital de estos: las contradicciones que esto planteaba a los militantes sindicales en sus prácticas cotidianas:

También se empieza a trabar todo, a complicar. Aquí la cosa es más compleja. Ocurre que la JTP empieza a meterse más, a querer decidir más (...) Empiezan a aparecer problemas, ¿hacia dónde vamos? ¿cómo seguimos? La mano por otro lado, se empieza a poner dura. No era necesario ser vidente para darse cuenta que cada vez se iba a poner más dura. Había que pensar hacia dónde íbamos o más bien... ¿cómo la seguimos?

Porque fijate vos, un laburante que va a la fábrica y después tiene que hacer laburo de militante, andar por todos lados..., es demasiado jetoneo.

Ponele el Tano Mastinú, que va de aquí para allá, que es responsable de todo el gremio, y además tener que hacer el laburo de militante... eso era lo que se discutía un poco... ¿es conveniente o no?

Primero que lo que significaba el Tano. Cualquier cosa que le hubiera sucedido, significaba una pérdida demasiado importante para nosotros.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Idem, p. 54. Mi subrayado.

<sup>4</sup> Idem, p. 66.

En el caso de Mastinú, el *Tano*, un ejemplo a partir de un episodio producido durante un conflicto en Mestrina desarrollado entre septiembre y diciembre de 1974 evidencia la afirmación anterior. En apoyo a los que habían tomado el astillero, los Montoneros secuestraron al dueño, Antonio Menín, al que liberaron al poco tiempo. Cuando durante las negociaciones Mastinú llegó a negociar con este en su calidad de referente sindical del sindicato para la zona, el empresario lo reconoció: era uno de los montoneros que lo habían “apretado”. Se trataba de una dualidad de tareas por lo menos peligrosa y sin duda, un despropósito desde el punto de vista de sostener un trabajo sindical. El *Polaco*, Rubén Díaz, fue un militante que entró a trabajar a los astilleros Mestrina en 1974, llevado por los dos referentes (en ese momento) de la Agrupación: el *Tano* y el *Chango*. Para él, que dejó el trabajo en el año 75 por sus diferencias con la conducción de la actividad sindical, el hiato fundamental fue entre dos concepciones distintas acerca de ella:

Se propone otra política a la agrupación que era, hasta ese momento, una estructura abierta a todo el gremio. Se plantea, por otra parte, la necesidad de reforzar con cuadros a la JTP en desmedro de la agrupación. Entonces se da una confrontación muy fuerte ahí adentro que, creo, la agrupación no la puede soportar. Es ahí cuando hay oposición y se dice que aquellos que quieren otro tipo de laburo lo pueden hacer, que todo el mundo sabe a quién dirigirse (...) Se quería que toda la agrupación en bloque, pasara al laburo militante de la JTP. Esa discusión fue medio liviana, pero después se dio la otra, muy pesada, en el club del Rincón de Milberg.<sup>5</sup>

En Mestrina, los referentes de los navales eran el *Titi* Echeverría y el *Macaco*, Hugo Rezek. Para finales de 1974 y el verano de 1975, el *Polaco* podía sentir que

Personalmente me llevaba bien con ellos. Cuando no hablábamos de política andábamos de lo más bien. Pero cuando metíamos la

---

<sup>5</sup> Rubén Díaz, en CET, *Navales*, p. 72.

política en el medio, cagábamos. Nunca tuvimos conflictos, ni de poder, ni de manija, porque no había ese tipo de conflictos.<sup>6</sup>

La afirmación del *Polaco* es clave: si se trata de integrantes de una agrupación sindical, ¿cuáles son las consecuencias de que dos delegados “se lleven bien personalmente” pero no “políticamente”? ¿A partir de qué cuestiones aparecían semejantes contradicciones?

### **Disciplinas**

Poco después de la toma de Astarsa, en 1973, un número especial del periódico *Jotatepé* reproducía las declaraciones de uno de los líderes de la toma:

Ocupamos la empresa porque era el único camino que teníamos ante la muerte del compañero Alessio. Fue la primera vez que ganamos y eso nos dio confianza a todos, porque al poder de los patrones, conseguimos oponerle el nuestro. Ahora la situación en fábrica es distinta: el trato de los capataces e ingenieros cambió por completo y el obrero ya no baja la cabeza; aparte ellos están asustados, porque saben que en cualquier momento volvemos a reventarlos.

Pero hay otra cosa: después de la toma los compañeros empezaron a sentirse cada vez más identificados con la lucha, y ahora los temas principales de conversación ya no son el fútbol, el boxeo, las mujeres; en la fábrica se comenzó a vivir la política.<sup>7</sup>

Casi en tono monacal, una de las expresiones escritas oficiales de la Juventud Trabajadora Peronista establecía como un logro que “la política” hubiera desplazado a temas evidentemente habituales de conversación en el astillero: “el fútbol, el boxeo, las mujeres”. Esta antinomia deriva en gran medida de la construcción de un obrero ideal por parte de agrupaciones políticas que concibieron a la lucha obrera como un espacio más del enfrentamiento político militar desde el cual organizaban su concepción de la política. Es interesante

---

<sup>6</sup> Idem, p. 73.

<sup>7</sup> *Jotatepé*, Año I, N° 1, 1a. quincena de octubre de 1973, p. 2.



esta cuestión pues buena parte de las lealtades políticas construidas entre los trabajadores derivaba precisamente de compartir este tipo de aficiones.<sup>8</sup>

Ni hablar en cuanto a las reivindicaciones. Aunque formuladas desde el punto de vista de conquistas de clase, en las evocaciones de los protagonistas de la toma los logros más fuertes aparecen como vindictas personales: por ejemplo, haber hecho que los jerárquicos retenidos como rehenes “comieran lo mismo que nosotros”. Más paradójico aún: si el argumento de la lucha había sido la insalubridad del trabajo, y la reducción de la jornada laboral a seis horas una conquista: ¿qué hacer con quienes no entendían esto como una dignificación del trabajo, y sí en cambio como la posibilidad de trabajar el doble (por ejemplo, en otros talleres, propios o como asalariados) a la salida del astillero, “para hacer unos mangos más”?

Para *Jaimito* la lectura clasista estereotipada de la organización era una tendencia muy fuerte y que planteaba contradicciones insalvables:

Ahí la cosa se miraba como si se estuviera haciendo la revolución y por eso lo disciplinario, lo organizativo. Se hacía como si ya estuviéramos ahí nomás.

Como que estuviéramos preparando la toma del poder. entonces era necesario acostumbrarse a la disciplina, al acatamiento, a la forma organizativa más severa, más rígida ¿no es cierto?

Era, por otra parte, difícil rebelarse... yo no coincidía con muchas cosas... con muchísimas... Incluso formas que se deban ante determinados conflictos y esos sapos te los tenías que comer... pero era difícil decir, bueno... no, en ésta no me prendo... era como ser menos...

Y por otro lado uno había contribuido, participado: largar esto no era fácil...

Uno había puesto muchas cosas ahí... era como renunciar... Y si no era la JTP, ¿qué había? No, no había otra cosa...<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> De hecho, en muchos casos tales aficiones sirvieron políticamente a los intereses de la organización militar. Uno de los líderes de los navales tenía una relación amorosa extramatrimonial con la secretaria de uno de los gerentes de Astarsa. Esta le comentó que por encargo de su jefe estaba topeando listas de activistas para entregar a la comisaría de la zona. En respuesta, los referentes de la agrupación amenazaron a los dueños del astillero diciendo que tenían información al respecto, desatando una verdadera paranoia acerca de que los Montoneros realizaban escuchas telefónicas en el nivel más alto de la empresa, que cambió sus líneas.

Por otra parte, no se trataba solamente de dejar un espacio en el que se había participado, sino de abandonar a los compañeros de trabajo, a los amigos. El *Huguito*, Hugo Rivas, uno de los referentes de la toma del '73, enfrentó un dilema similar, y decidió seguir, aceptando la opción de encuadrarse militarmente. Pagó esa decisión con su vida:

Cómo hicieron el círculo, porque si bien este era un compañero... era un activista gremial, aunque estaba muy ligado a la Agrupación, y fueron casi los últimos compañeros que se integraron (...) Ellos no querían saber nada, ellos querían seguir participando dentro de la Agrupación (...) La discusión más fuerte fue esa. Hugo era uno de los que no quería ser incorporado a la Orga. Después los compañeros deciden no por convicción, sino por una cuestión de seguir siéndole fiel al Tano y al Gordo. Aceptan para poder mantenerse juntos. Si la Orga baja esto, los compañeros aceptaron esto, nosotros no nos vamos a quebrar porque se quiebra la Agrupación.<sup>10</sup>

Este dilema, por ejemplo, fue el resultado de episodios de la historia de la agrupación naval que representaron un punto de inflexión en las vidas de los militantes, como sucedió en una reunión en Rincón de Milberg donde la conducción les avisó de la inminencia del golpe y les propuso militarizarse. Eran instancias en las que los trabajadores debieron responder a propuestas de acción por parte de la organización que los encuadraba. El número del *Evita Montonera* editado para el período abril – mayo de 1976, establecía las siguientes líneas de acción para los integrantes del frente sindical de Montoneros:

El Bloque Sindical del Peronismo Auténtico, integrado por las agrupaciones y dirigentes representativos de cada zona, es el

---

<sup>9</sup> CET, Navales, p. 79.

<sup>10</sup> María Rufina Gastón, entrevista 2003 (Federico Lorenz). El testimonio es parte de la "Colección Astarsa" del Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta.

instrumento concreto de conducción político-sindical del Movimiento conducido por Montoneros. Debe difundir la estrategia de Liberación y Guerra Integral al conjunto de los trabajadores y sumar a la Resistencia a los delegados y trabajadores no comprometidos con la burocracia o la patronal. Con los aliados políticos y los dirigentes de base impulsará la formación de la CGT en la resistencia. Pág. 31

La militarización deberá extenderse a la mayor cantidad de compañeros de fábrica posible, aunque no integren la agrupación, hasta constituir piquetes de la defensa por sección o fábrica.

La línea de acción de las milicias será: 1) Disciplina estricta en el funcionamiento clandestino y compartimentado; 2) Formación militar teórica, práctica y física del miliciano; 3) Boicot y sabotaje a la producción en forma planificada; 4) Hostigamiento de alcahuetes, carneros, capataces, ejecutivos y patrones; 5) Organización y coordinación de los distintos pelotones para participar en movilizaciones y operaciones mayores; 6) Participación activa en la construcción del Ejército Montonero.

La milicia obrera se verá fortalecida con la presencia del Ejército Montonero, a cuyo cargo están las operaciones de mayor envergadura como ejecuciones de patronales represivas.<sup>11</sup>

La disciplina de la organización, por otra parte, desconocía lealtades básicas que a la vez eran las que daban cohesión a los grupos que se buscaba subordinar a la política militar. El *Chango Sosa*, defensor de la línea de trabajo sindical y que se enfrentaba a las propuestas de militarización (al punto tal de enfrentarse a sus antiguos compañeros). La organización lo condenó, pero apeló a uno de sus más cercanos amigos para ejecutar la sentencia. En la cita que sigue se confunden pertenencias y ámbitos de militancia (política militar y sindical) y, sobre todo, lazos afectivos, materializados, en algún caso, por hechos fuertemente simbólicos como la entrega de un arma por parte de un referente:

---

<sup>11</sup> *Evita Montonera*, Año 2 N° 13 Abril-Mayo 1976. Pág. 32

La cuestión pasaba por: dar la pelea al aparato, con el consiguiente desgaste y confusión hacia los compañeros y el gremio, o abandonar el trabajo. Decidí irme de Astarsa y del gremio. Ya con la decisión tomada soy citado para una reunión, no recuerdo si era de JTP o de UBR, creo que ni ellos lo sabían (...) Había un ambiente espeso, un ambiente de patota. Se me insiste a que renuncie al cargo de la Agrupación y que lo haga público, que me discipline, etc. Y que les entregue el arma pues se me va a hacer un juicio político ahí mismo.

Les respondo que a mí los únicos que tienen derecho a juzgarme son los obreros, que el arma no me la dio la orga, que casi todas las armas que hay en esta reunión las regalé yo, que me voy, y que no intenten detenerme. Creo que me juzgaron en rebeldía y me condenaron a muerte, pues después de muchos años, a la vuelta del exilio, la viuda de un compañero naval me contó llorando que la orga le había impuesto a su compañero la infame tarea de matarme. El compañero hizo una crisis y le contó todo a su mujer. La nobleza de esos dos compañeros y la fidelidad al cariño que siempre nos habíamos profesado abortó el intento.<sup>12</sup>

### **Contradicciones vitales**

A Martín Toledo, delegado en astilleros Mestrina, lo secuestraron XXX y permanece desaparecido desde entonces, Chaqueño, hijo de un militar, a mediados de la década del setenta integraba la Agrupación José María Alessio. Se lo llevaron de una obra en construcción, la *nueva* casa que se estaba construyendo:

Él se negaba a tener que irse de su casa (... ) Decía que él tenía que trabajar, y que tenía su casa. Y que él los problemas laborales los arreglaba en el trabajo, los problemas sindicales los arreglaba en el sindicato, y que la casa no, no tenían que venir a su casa. "Si me

---

<sup>12</sup> Juan Sosa, comunicación personal, 20 de julio de 2004.

tienen a venir a buscar, que me vayan a buscar. Si me van a buscar por algo de lo que hago, que me vayan a buscar al laburo (...) Cuando vio que la cosa se ponía mal (...) Rincón era un polvorín, los camiones entraban y salían Entonces empezó a irse de la casa, y para irse de la casa, él se había comprado un terreno donde se estaba edificando una casa, que le estaba poniendo el techito, que se iban a dormir ahí, y era a cinco cuadras de la casa (...) Esa es la parte más terrible de la cosa. Porque un trabajador ¿cómo sale de su casa que le costó tanto esfuerzo? Que tuvo, qué se yo, ... es muy difícil dejar su casa (...) Ellos vinieron de su provincia, se trasladaron a un lugar, hicieron su casa, o la iban haciendo de a poco, iban poniendo las cosas que les gustaban, y después tener que irse (...) Dejar eso para irse a dónde.<sup>13</sup>

Toledo se negaba a mudarse ante instrucciones de sus responsables de la organización Montoneros. No había sido la primera. Toledo y muchos de sus compañeros habían tenido una reunión en el Club El Ahorcado, de Rincón de Milberg, en el verano de 1976, donde referentes montoneros les habían advertido de la inminencia del golpe para instarlos a encuadrarse militarmente en la organización. Entre otras cosas, esto implicaba recibir una suma para gastos de seguridad, y el abandono de la fábrica, sus puestos de trabajo en los astilleros de la zona:<sup>14</sup>

Ellos discutieron que ellos nunca iban a recibir plata de la orga. Ellos se iban a ir a la casa de un pariente. Nunca iban a aceptar...porque les parecía que no, que eso no era así. Entonces así fue como fue cayendo Martín, que lo vienen a buscar a su casa, y se lo llevan. Y queda Yoly con sus dos chicos, y le roban las cosas, le llevan la plata.

---

<sup>13</sup> María Rufina Gastón, entrevista 2003 (Federico Lorenz).

<sup>14</sup> Conviene tener presente que más allá de dar este consejo, la organización sólo dispuso de recursos para dar seguridad a uno de sus militantes, Hugo Rivas, que fue secuestrado el mismo día que iba a mudarse. Las columnas Norte y Sur de Montoneros habían manifestado la necesidad de descentralizar la organización y proveer recursos para proteger a los militantes, lo que fue visto por la Conducción Nacional de Montoneros como una pérdida de poder.

A el lo llevaron con ropa de trabajo (...) y al tiempo la llaman a Yoly para decirle que habían encontrado una bolsa en el río con un carnet del sindicato (...) la plancha y la ropa. La citan a la Prefectura y la interrogan.<sup>15</sup>

La respuesta de Toledo ante la amenaza represiva surgió desde su experiencia de clase, desde una serie de valores y jerarquías que lo llevaron a participar en el frente sindical de una organización armada, pero que no necesariamente tenían que ver con los que esta se daba en relación con los obreros que la integraban.

En la dramática historia de Martín, el desafío político enunciado por una organización revolucionaria es respondido desde las experiencias y expectativas de clase de un trabajador argentino de la década del setenta. Aunque es algo que debe hacerse, no es la intención de este texto llamar la atención sobre las falencias en la conducción de su lucha por parte de los Montoneros, ejercicio que en todo caso los mismos actores deberán en algún momento hacer, probablemente cuando el tiempo permita atenuar el impacto de episodios tan dolorosos, por su sencillez, como este: para refugiarse de la represión que como trabajador recibía, visto como enemigo subversivo integrante de una organización revolucionaria, Toledo, desde su memoria histórica de trabajador, abandonó su casa construyéndose otra, en el mismo barrio, cerca de la que se había levantado inicialmente cuando dejó su provincia, al igual que miles.

Leer esto sólo desde una falta de recursos o desaprensión de la guerrilla por las vidas de sus militantes, es desconocer un aspecto central de la historia reciente argentina: que el golpe de estado de 1976 fue el episodio inicial de la revancha de sectores que vieron amenazada su posición de privilegio social por la movilización de los sectores trabajadores y que también buscaron revertir un modelo estatal y social instalado desde mediados del siglo XX en la Argentina:

¿Cuáles fueron los motivos por los que estas empresas se involucraron, hasta el extremo de volverse co-responsables, en la

---

<sup>15</sup> María Rufina Gastón, entrevista 2003 (Federico Lorenz). El testimonio es parte de la "Colección Astarsa" del Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta.

política represiva? Analizando los efectos de la represión sobre los trabajadores, puede verse que ésta tuvo, por lo menos, dos grandes consecuencias. Un primer efecto tiene que ver con la transformación de las condiciones de trabajo, sociabilidad y organización en el ámbito de la fábrica (...)Un segundo efecto de la política represiva se relaciona con el impacto de estos cambios en cada uno de los contextos fabriles en las relaciones políticas y sociales a nivel nacional. La política represiva y la anulación de todo movimiento social de oposición fue una precondition para la implementación de un modelo económico que modificó radicalmente la estructura económica y social argentina, destruyendo las bases del modelo industrial vigente, para imponer, en cambio, un nuevo modo de acumulación centrado en la valorización financiera.<sup>16</sup>

Después del golpe de estado de 1976, y de su continuidad estructural durante las décadas del ochenta y del noventa, no sólo Martín Toledo y la mayoría de sus compañeros no están más. La experiencia de la clase trabajadora argentina, construida históricamente a partir de episodios fundacionales como su participación política a partir de la década del cuarenta, su alto grado de movilización en los años sesenta y setenta, un nivel de vida y expectativas de futuro alcanzados en esos años de lucha y crecimiento están tan desaparecidos como las vidas de muchos de los que los encarnaron y protagonizaron.

Dar densidad al problema de las relaciones entre la guerrilla y sus frentes de masas es una forma de hacer justicia a estos muertos, y a sus historias. Una forma de hacerlo es, apartándose del maniqueísmo, explorar el sesgo clasista que tiñe las lecturas acerca de los obreros desde hace treinta o cuarenta años: las de quienes pretendieron conducirlos, las de quienes los reprimieron, y también las de quienes hoy escribimos sobre ellos. Retomar la vieja cuestión acerca de que una historia popular no se define sólo por su objeto, sino desde el punto desde el cual se mira para escribirla.

---

<sup>16</sup> Basualdo, Victoria, *Complicidad patronal – militar en la última dictadura militar. Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz*, Buenos Aires, FETIA, marzo de 1996, pp. 24-25.

Frente a esta voluntad de justicia, el análisis de la experiencia de los actores es una pieza fundamental para evitar las simplificaciones, que suelen ser, como se quejaba Jaimito, subestimaciones. Una forma de rescatar a los trabajadores de esa condición es la de eludir una mirada dominante: aquella que infravalora y subordina su lucha al análisis de otras experiencias políticas que participaron del enfrentamiento de esos años y lo encarnaron, probablemente, de un modo más espectacular, pero no necesariamente proporcionalmente radical. Las lecturas acerca de los setenta se concentran abrumadoramente en la experiencia de las organizaciones armadas.

Es un buen momento de preguntarse el sesgo clasista de estas interpretaciones. Esto implica varias cosas: por caso, revisar la composición social de la guerrilla y de sus frentes de masas. Relativizar, para cuestionar, lecturas de la época que responsabilizan a las conducciones guerrilleras por un derroche desaprensivo de vidas humanas, sobre todo porque esto trae aparejada la construcción de que quienes arriesgaron sus vidas fueron títeres llevados al matadero por irresponsables que se salvaron.

Además de inexacto, esto es fundamentalmente injusto. Si algo hubo de esto, mucho más hubo de compromisos traducidos en actitudes vitales. El rescate mediante el análisis de las historias de vida de los trabajadores son un acto de justicia a la memoria de tantos que no tienen la posibilidad hoy de defenderse de las interpretaciones que escribimos sobre ellos.

Al mismo tiempo, pensar hasta qué punto al concentrarnos en lecturas acotadas sobre las formas de la lucha política en los años setenta nos colocan como funcionales a sectores sociales dominantes. Hacerlo coloca en un segundo lugar a los principales culpables de la tragedia argentina: los que se benefician del país reestructurado a sangre y fuego entonces, en el que la casa inconclusa de Martín Toledo es el cimiento de una villa miseria.

No sólo se trata, entonces, de no subestimar a Jaimito y a sus compañeros. Según la feliz expresión de Pablo Semán, ciertos saberes y experiencias populares, como un bajo continuo, perduran y sostienen identidades a lo largo del tiempo. Veinte años antes de las palabras de Jaimito ante los docentes, y diez después del feroz golpe del 76, el sindicalista Germán Abdala, que se había formado militando en el sindicalismo de los años setenta y durante la dictadura, y fue uno de los fundadores de la CTA, también reivindicaba el lugar



de los trabajadores para pensar el país, en una entrevista televisiva de mediados del ochenta con palabras muy similares, tanto que me ilusiona pensar en acordes del mismo bajo: el de la experiencia de los trabajadores. Lo entrevistaban, también, dos “históricos”, pero del establishment económico, Bernardo Neustadt y Mariano Grondona:

NEUSTADT: -Abdala, en vez de ser un dirigente gremial, parece un intelectual, folklórico, filosófico. Doña Rosa está diciendo: ¿este me representa a mí?

ABDALA: - Y también, no hay que subestimarnos. Los trabajadores no necesitamos estar en mameluco y pedir nada más por el salario, queremos opinar sobre el país también.

GRONDONA: -Lo que pasa es que nosotros no quisimos crecer, Abdala, no quisimos porque no hicimos el esfuerzo.

ABDALA: -No, aquí crecimos, este fue un país con justicia, con equidad, donde hubo salud, hubo educación, hubo vivienda, hubo distribución de los ingresos, y después... destruyeron todo.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> 20 de noviembre de 1986, en el Programa Hora Clave. En Jorge Giles, *Los caminos de Germán Avala*, Buenos Aires, Coligue, 2000, p. 71.